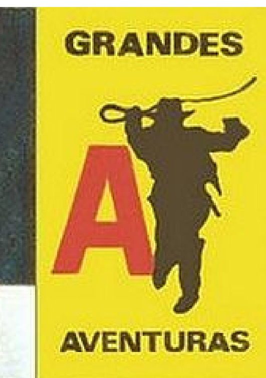




EL VIÈJO DE LA MONTAÑA

Había tomado dos decisiones precipitadas en pocos minutos. La primera, salir pitando de Nueva York; la segunda, hacerlo en el primer vuelo para el que consiguiera pasaje, fuera cual fuere su destino. Fue de este modo como me vi en el aeropuerto de Hamburgo un martes por la tarde, preguntándome qué diablos se suponía que había ido a hacer allí.

—¿Turista americano? ¿Buscas hotel? —Me abordó en la misma terminal un tipo escuchimizado y moreno, que aparentaba unos cuarenta años—. Tranquilo, tío; estás en buenas manos. Voy a conseguirte uno barato y decente.



Indiana James

El viejo y la montaña

Bolsilibros - Indiana James - 21

ePub r1.0
LDS 01.05.18

Título original: *El viejo y la montaña*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Había tomado dos decisiones precipitadas en pocos minutos. La primera, salir pitando de Nueva York; la segunda, hacerlo en el primer vuelo para el que consiguiera pasaje, fuera cual fuere su destino. Fue de este modo como me vi en el aeropuerto de Hamburgo un martes por la tarde, preguntándome qué diablos se suponía que había ido a hacer allí.

—¿Turista americano? ¿Buscas hotel? —Me abordó en la misma terminal un tipo escuchimizado y moreno, que aparentaba unos cuarenta años—. Tranquilo, tío; estás en buenas manos. Voy a conseguirte uno barato y decente.

Me dejé llevar: El momento era el más apropiado para dejar que otros decidieran por mí. Mi acompañante resultó llamarse Fefe y ser español, de Sevilla. Era muy extrovertido y hablaba sin parar, metiendo un chiste en cada frase.

—Sí, hombre, andaluz —precisó al hablar de su origen—. Toros, cortijos, flamenco y olé. —Y, como yo no reaccionaba, agregó—: ¡Y Hemingway, coño, y Hemingway, que ése era de los tuyos!

—Creí que Hemingway iba a los toros en Pamplona —objeté.

—Sí, pero cuando el hombre veía los toros trotando tras él en el encierro, le entraba como un acogotamiento y no paraba de correr hasta Sevilla, ja, ja.

El hotel «barato y decente» estaba en la calle Grosse Freiheit[1], en pleno barrio de Sant Pauli. Desde la ventana de mi habitación se podía contemplar un horizonte de luces de neón, casinos, *cabarets* y locales dudosos por todas partes. En la calle, turistas y marineros compraban carne por dinero, y no precisamente para comérsela.

—¿Necesitas algo más? —me preguntó Fefe asomando por la puerta—. Si quieres, puedo conseguirte una chica barata e

indecente.

—Gracias, pero ahora me apetece descansar —y le alargué dos billetes de diez marcos a cambio de los servicios prestados.

Me sorprendió que rechazara la propina.

—No puedo aceptarlo —explicó—. Los del hotel me dan comisión por traerles incaut…, quiero decir, clientes. Yo me alojo en la habitación contigua, Dentro de un rato paso a buscarte para salir a dar una vuelta, ¿de acuerdo?

Desapareció antes de que pudiera contestarle. Aquel tipo amenazaba con convertirse en una pesadilla.

Me tendí en la cama y me puse a leer un ejemplar del *Times* inglés que había comprado en la terminal. Buena parte de la primera página venía dedicada a la noticia de la ocupación, por parte de un grupo terrorista árabe, de una plataforma petrolífera en el Mar del Norte. Los terroristas pertenecían a un grupo semidesconocido cuyas siglas componían el nombre
S. W. O. R.
D[2] y habían planteado una serie de reivindicaciones totalmente inaceptables por parte de los diversos gobiernos implicados. La plataforma era de producción, una de las mayores y más productivas del mundo, y pertenecía a la conocida compañía americana Rush Oil. Además de a técnicos y trabajadores, los terroristas habían retenido a doce ejecutivos de esa compañía que se hallaban de visita en la plataforma. Toda su estructura estaba minada de explosivos. El editorialista del *Times* se mostraba pesimista y auguraba un final sangriento a la aventura.

—Es que hay mucho chalado suelto —me sorprendió la voz de Fefe, que había vuelto a colarse en la habitación—. Venga, vamos a tomar unos tragos para olvidar.

—¿Y si no me apetece beber?

—Bueno, pues entonces yo bebo y olvido y tú pagas.

De nuevo me dejé llevar. Pese a su desfachatez, el tipo me caía bien. Salimos al barrio portuario, en plena ebullición con la llegada de la noche. Tomamos un par de tragos y algunos más; a medida que se iba entonando, Fefe fue poniéndose melancólico.

—Todas las mujeres del mundo debieran estar en esta calle… —se lamentó en la Herbertstrasse, donde las prostitutas se exhiben desnudas en escaparates a la espera de clientes—. No quieras saber

la de puñales que me han clavado en el corazón…

Más tarde, en una casa de juego, cambió el registro sentimental por el económico y se lanzó al relato de sus miserias personales, que empezaban a los once años, trabajando como jornalero en Andalucía y seguían con una emigración a diversos países, sin que jamás hubiera conseguido el dinero necesario para volver a su tierra y montar un negocio, tal y como se había propuesto.

Yo ya no sabía qué decirle.

—Tal vez tu suerte cambie el día menos pensado —aventuré cortésmente.

Eso se lo decía pasadas las dos de la madrugada, mientras paseábamos sin rumbo por la Avenida Reeperbahn. La calle estaba desierta, pero Fefe se aseguró de ello mirando a todos lados antes de sacar algo de su cartera y mostrármelo furtivamente.

—En realidad, ya ha cambiado… —dijo en un tono de confidencia alcohólica—. Mira esto…

Era una simple tarjeta de visita, con algo que parecía una banda magnética en la parte superior y dos firmas estampadas en el dorso. Fefe se la guardó rápidamente, sin darme tiempo a leer el nombre y la dirección que figuraban en ella.

—¿Qué es? ¿Una especie de carta de recomendación? —me interesé.

—Ja, ja. Mucho más que eso. Es una llave para el paraíso. Esta tarjeta vale millones, Indy.

—Ah, pues qué bien. Ya me invitarás a tu cortijo andaluz cuando te lo compres.

Negó vehementemente con la cabeza.

—No, no… de hecho no es dinero. *Es otra cosa*. Algo que no cambiaría por todo el oro del mundo…

Se había puesto en plan misterioso y no hubo forma de sacarle de ahí. Tampoco insistí demasiado, porque sospechaba que se estaba marcando un farol.

Estábamos demasiado entonados como para pensar en volver al hotel, de modo que nos fuimos al Fischmarkt, el mercado de pescadores, lugar donde los noctámbulos locales empalmaban un día con otro. Fefe me informó de que el mercado entraría en ebullición a eso de las cinco de la madrugada; a las tres, empezaban a regresar las barcas de faenar, y ya se estaban montando algunas

paradas.

Nos sentamos en la terraza de un bar. Yo pedí un café doble y Fefe un *gin-tonic*.

—A saber sí es la última copa de ayer o la primera de hoy… —bromeó, levantando el vaso como para brindar cuando nos hubieron servido.

—¡Fefe! —gritó alguien.

Todo sucedió muy rápidamente. Alcé la vista por reflejo. Frente a nosotros, en la calzada, un Volvo negro aminoraba su marcha. La ventanilla estaba abierta y el conductor, un árabe, tenía una mano en el volante y la otra la sacaba a través de la ventanilla, *empuñando una pistola y apuntando a mi amigo.*

—¡Cuidado…! —grité.

Pero ya era tarde. Casi al mismo tiempo, sonaron el disparo con silenciador, *¡dlop!*, el estrépito de la última copa de Fefe estrellándose contra el suelo, *¡crashhh!*, y el *¡brammm!* del Volvo arrancando a toda velocidad.

Fefe había quedado echado para atrás en el respaldo de su silla. Tenía un agujero de bala un poco por debajo del hombro derecho. Respiraba pesadamente, y buscaba algo con su mano izquierda en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Tranquilo, Fefe… Saldrás de ésta —y lo decía sinceramente. No creía que la bala le hubiera interesado ningún órgano vital.

Encontró lo que buscaba, la tarjeta, y me la entregó.

—Disfrútala tú, Indy… No dejes que los de la policía te la quiten… Disfrútala tú…

—No te va a pasar nada. Esto se arregla con una semana de hospital.

Se habían acercado algunas personas. De pronto las preguntas típicas del caso, «¿Qué ha pasado?», «¿Está bien?», etc… dejaron paso a gritos aterrorizados, al tiempo que de nuevo sonaba el estrépito de un motor lanzado a toda velocidad.

Al llegar al final de la calle el Volvo había dado medía vuelta en redondo y *ahora regresaba.*

Esta vez el árabe disparó cinco veces, y sin detenerse. Yo me lancé sobre Fefe, le empujé para apartarle de la trayectoria de las balas. Después, en una fracción de segundo, me incorporé de un salto, agarré una silla y la lancé contra el coche que ya se alejaba.

La luna posterior estalló fragmentada. El Volvo hizo un extraño, y desapareció en dirección al centro de la ciudad.

Cuando regresé junto a Fefe, supe que mi acción había servido para evitarle las cuatro últimas balas, que se habían estrellado contra la fachada del bar. Pero la primera le acertó en el estómago. Una mujer chillaba histérica, alguien reclamaba una ambulancia y, a lo lejos, se oían sirenas.

—¿Quién ha sido? —le pregunté inclinándome sobre él—. ¿Le conocías?

—Asesinos —dijo, sonriendo—. Asesinos…

Un segundo después estaba muerto.

CAPÍTULO II

Tuve que ir a declarar a comisaría. El inspector, un tal Reiner, estuvo una hora preguntándome sobre Fefe. Le conté lo que sabía de él, que era mucho o nada, según como se mirara. Pero no dije una palabra acerca de la tarjeta que guardaba en el bolsillo. «No dejes que los de la policía te la quiten», me había pedido el sevillano antes de morir. Y yo estaba dispuesto a cumplir su último deseo.

—Por cierto, ¿conoce a un tal Abdul Yuri? —acabó preguntando Reiner.

—No. ¿Quién es?

—El asesino. Hemos podido localizar su coche gracias al detalle de los cristales rotos.

—Dioses… si le han atrapado, ¿por qué no le interrogan a él?

Reiner puso cara de circunstancias.

—De hecho, no llegamos a atraparle. Cuando se vio acorralado, se pegó un tiro. Tenemos el cadáver, pero los cadáveres son mudos, amigo.

Evidentemente, no había cargos contra mí, de modo que Reiner acabó diciéndome que podía marcharme. Me fui al hotel. La policía había estado allí y se habían llevado todos los efectos personales de la habitación de Fefe. Me metí en la mía y le eché un vistazo a la famosa tarjeta.

No tenía nada de particular, aparte del detalle misterioso de la banda magnética y las dos firmas (totalmente ilegibles) en el dorso. Las señas que figuraban en el anverso, eran:

S. Wet

Heaven House. Blanken. Nederland

Una consulta de enciclopedia me confirmó que Blanken era un pequeño pueblo al Oeste de Holanda. Esa misma mañana tomé un avión hasta La Haya. A mediodía estaba ya en Holanda y, a las cuatro de la tarde, me apeaba del tren en la estación de Blanken.

En parte, sentía curiosidad, en parte tenía la esperanza de que aquella tarjeta pudiera de algún modo ponerme sobre la pista de los asesinos de Fefe. Muerto Abdul Yuri, el brazo ejecutor, debían quedar los que le pagaron por el trabajo, tan culpables como él mismo. Tal y como se habían desarrollado las cosas, había que descartar la hipótesis de una simple venganza personal.

Blanken era un pueblo pequeño y grande a la vez. Pequeño el núcleo comercial, muy grande el término municipal, una amplísima extensión llana como la palma de la mano, salpicada de granjas, casas de campo y molinos de viento.

En una carnicería pregunté si sabían dónde estaba Heaven House. Lo sabían. El carnicero sonrió, algunas de las clientas me miraron de reojo y yo, sin saber por qué, me sentí un poco incómodo, como si estuviera haciendo el ridículo o algo parecido.

—Sólo tiene que seguir la carretera vieja de Varel. Un par de quilómetros y verá la mansión.

—¿Cómo podré reconocerla?

—No tiene pérdida. Es la única que tiene aeropuerto privado…

El asunto empezaba a ponerse interesante.

Y el interés subió muchos enteros cuando, tras la correspondiente caminata, me vi por fin ante la mansión. Parecía una especie de palacio de Versalles a escala reducida. Pero no demasiado reducida. El edificio, imponente; al fondo, y alrededor, hectáreas de cuidadísimos jardines, con flores por todos lados, un estanque con cisnes, piscina, campos de tenis y, detrás, el anunciado aeródromo. Distinguí las siluetas de una avioneta, un helicóptero y un «Gulfstream» IV.

Pulsé el timbre de la verja y un mayordomo salió a mi encuentro a bordo de un carrito eléctrico de los que usan en los clubs de golf. Estaba bien pensado; De haber tenido que salvar a pie la distancia entre la mansión y la verja, el hombre habría envejecido prematuramente.

—¿Qué desea? —me preguntó muy formal.

Por toda respuesta, le mostré la tarjeta.

—Ah, muy bien. Le estábamos esperando. ¿Sería tan amable de decirme su nombre?

—Indiana James.

—Bien, señor James. Si quiere subir al vehículo…

Qué curioso, iba pensando yo durante el trayecto. Esperaban a *alguien*, así, en general, de quien ni siquiera sabían el nombre. Al parecer, aquella tarjeta era como un cheque al portador.

Ahora sólo faltaba por saber lo que me darían o me propondrían a cambio de ella.

El mayordomo me franqueó el paso a la mansión, comprobó algo en la tarjeta con la ayuda de un ordenador y, ya satisfecho, me dejó en manos de un tipo con bata blanca.

—¿El señor Wet? —pregunté por decir algo. Después de todo, ése era el apellido que figuraba en la tarjeta.

El de la bata blanca se rió como si hubiera oído un buen chiste.

—Soy el doctor Van Halen —dijo—. Permítame que le felicite por su buena suerte, señor James. —Y, sin más pausa—: Y ahora, si quiere pasar a mi gabinete…

Estaba tan desconcertado que le seguí sin rechistar. Pero cuando estuvimos en el gabinete y vi que el tipo preparaba una goma elástica y una hipodérmica entre sonrisa y sonrisa, la cosa ya cambió.

—¡Eh, un momento…! —protesté.

—Sólo una ínfima cantidad de su sangre para unos análisis, señor James. Es parte del trato. Si no lo acepta, perderá sus derechos y tendrá que marcharse.

No podía negarme. Comprendí que si no averiguaba en qué acababa todo aquello padecería insomnio durante el resto de mis días.

O sea, que me sacó sangre.

Después apareció de nuevo el mayordomo y me condujo hasta una salita donde había sillones, un televisor con video y muchas películas. Debería esperar allí unas horas, me informó, hasta que el doctor hubiera realizado sus análisis.

Perfecto.

A estas alturas, yo va estaba sobre ascuas. Tanta corrección,

tanto *señor* por aquí, tanto *por favor* por allá, me estaban poniendo los nervios de punta.

Conecté el televisor. Debían disponer de antena parabólica, porque en la pantalla apareció, nítida, la emisión de la BBC.

El locutor hablaba un poco excitado y, enseguida, aparecieron planos algo borrosos de una plataforma petrolífera. Era la misma sobre la que había leído en el *Times*, el día anterior. La situación había cambiado: Una silueta humana colgaba ahorcada de una de las grúas de la instalación.

El periodista explicaba que la situación se había agravado, que los terroristas habían ejecutado a dos rehenes sólo para demostrar que estaban dispuestos a todo y que habían amenazado con volarlo todo si los buques de guerra que rodeaban la plataforma se acercaban a menos de doce millas. Siguieron entrevistas con líderes políticos. Los de derechas acusaban a varios gobiernos de izquierdas y anunciaban mano dura con los terroristas; los de izquierdas responsabilizaban al gobierno y exigían mano dura con los de la derecha. Finalmente, después de unos planos de la bolsa de Wall Street, el presidente de la Rush Oil puso la nota humana sudando y retorciendo clips como un epiléptico ante las cámaras mientras tartamudeaba cuatro frases ininteligibles.

Aquello y tres películas seguidas que me vi en el video a continuación, me mantuvo vagamente entretenido durante la larga espera. Incluso me dio tiempo a empezar una novela de bolsillo que había comprado en el aeropuerto. Se titulaba…, *The Horse and the Monkey*[3],y el autor era un tal Andreu Martín. Español. Me pregunté si serla sevillano, como Fefe.

Cinco horas llevaba encerrado allí, cuando apareció de nuevo el mayordomo y, con una sonrisa que daba a entender que había superado con éxito todos los exámenes, me anunció que ya podía pasar al salón.

Y al salón me fui.

Y en el salón me esperaba la mujer más… bueno, más lo que sea que he conocido en mi vida. Lo siento por las demás: Por Zenna, por Darling, por Virginia Jane, por
Mary-Lou
Foxworth…[4] Aquélla se salía de los límites.

—Enhorabuena por tu suerte, Indiana —me saludó.

—Eeeeeh… —farfullé yo, como un imbécil profundo.

Podría decir que rondaba los veinticinco y que era rubia. Podría hablar de sus labios y de sus ojos, podría evocar imágenes de paisajes marinos, fresas salvajes y doradas puestas de sol, podría dar sus diversos perímetros y la longitud de sus muslos en milésimas de milímetro… pero serviría de poco, porque todo eso dejaría fuera la sensualidad animal que brotaba de cada poro de su cuerpo del más leve de sus movimientos.

Dioses, por aquella mujer, reyes consortes abandonarían al trote a sus reinas y santas varones se lanzarían sin dudarlo a los precelosos abismos de la violación reiterada.

—¿S-suerte? —Medio reaccioné por fin.

Ella hizo un mohín.

—Hieres mi vanidad —bromeó—. ¿Así que no consideras una suerte que te haya tocado en el sorteo?

—*¿Que me hayas tocado en el sorteo?* —Yo estaba en esa fase de estupor en la que apenas aciertas a repetir maquinalmente lo que te dicen.

—Pero ¿de dónde sales? ¿No has traído tú la tarjeta?

—Me la dio un amigo —confesé llanamente.

—¿Y no te dijo para qué servía? Entiendo… Bien, no importa. El poseedor de la tarjeta puede hacer lo que quiera con ella. Venderla, regalarla… Te lo explicaré: Soy prostituta —y por el poco énfasis que puso en la expresión, igual podía haber dicho que era verdulera o licenciada en lenguas muertas.

—Ah.

—La mejor de mi oficio. Eso dicen, al menos —agregó modestamente—. La más cara, eso sí. Una acreditada cadena de burdeles me paga una fabulosa cantidad a cambio de ofrecerme como premio de un sorteo semestral que organizan entre sus clientes. Me llamo Sissy Wet —concluyó.

Empezaba a comprender algunas cosas. Las risas y las miradas de reojo en la carnicería donde pregunté la dirección, la sonrisa del doctor Van Halen cuando le dije si era el señor Wet… Y el reconocimiento médico, supongo que en busca de gonorreas u otros horrores parecidos. Por un instante, se me ocurrió que el moro aquel habría matado a Fefe sólo por conseguir el derecho a acostarse con Sissy, pero descarté la idea al recordar que Abdul Yuri

se había limitado a asesinarle, sin intentar siquiera acercarse al cadáver para quitarle la tarjeta.

—O sea que yo… —murmuré—. O sea que yo y tú…

—Soy tuya durante una semana —me aclaró Sissy—. Ése es el premio. Además, puedes elegir el lugar del mundo que más te apetezca para estas vacaciones. El avión espera en la pista.

Yo estaba hasta el gorro de viajes.

—¿Y no podemos quedamos aquí?

Me pareció ver un atisbo de decepción en su rostro.

—Como quieras —aceptó—. A mí me hacía ilusión viajar, pero si tú no quieres…

Aquella mujer no había nacido para que le negaran nada. Casi sin darme cuenta le dije que no faltaría más, que iríamos a donde ella quisiera, que de pronto me habían entrado unas ganas de viajar cosa mala. Y ella se alegró. Tenía una sonrisa preciosa.

—¿Te parece bien una isla? —propuso.

—Perfecto. —De ahora en adelante, ya sabría qué contestar a la pregunta de qué me llevaría a una isla desierta. A Sissy Wet, por supuesto.

Minutos después estábamos a bordo del «Gulfstream» IV. La bodega de pasaje del aparato había sido redecorada como una *suite* nupcial. Alfombra persa por los suelos, mullidos butacones, bar y cama redonda. En el lavabo adjunto, la grifería era de oro puro.

—No te escandalices, ¿eh? —me decía Sissy al verme boquiabierto ante tanto lujo—. Recuerda que soy la mejor de mi oficio. Piensa en el mejor jugador de golf, en el banquero más próspero, en el escritor de más éxito. El mejor en cada especialidad vive como dios. Si yo no existiera, ¿qué estímulo tendrían las pobres chicas que hacen la calle en los barrios portuarios?

Un piloto profesional y muy discreto se hizo cargo del avión. Despegamos en la pista particular que, con la llegada de la noche, había sido iluminada con potentes focos.

Celebramos el inicio del viaje con sendas copas de *champagne* francés. Yo me había acomodado en uno de los mullidos butacones y ella se había sentado en mis rodillas. Llevaba un vestido de seda blanca que dejaba al descubierto sus hombros. Sensaciones como el roce de su piel o el aroma de su perfume me ponían al borde de la congestión.

«Guarda las formas, Indy —me decía—. Tienes una semana por delante. No quedaría nada bien mostrarse ansioso como un sátiro y saltar sobre ella al primer minuto».

—¿Brindamos? —me propuso Sissy.

—Brindemos —acepté. Y eso me recordó al pobre Fefe levantando su última copa y me hizo sentir un poco mal. Pero, qué diablos, ¿acaso no me había pedido que disfrutara del premio por él?—. A tu salud —dije.

—A la salud de la reina de las putas —dijo ella. Y, viendo mi expresión—: Hombre, Indy. Al pan, pan y al vino, vino, ¿no?

Además, empezaba a caerme bien. Ante mí se abría el horizonte orgiástico y placentero de toda una semana en compañía de Sissy en alguna isla paradisíaca (ni sabía cuál, ni me había molestado en preguntárselo).

Resistí dos horas sin abalanzarme sobre ella, Dos horas angustiosas, durante las cuales hablamos de temas generales, tales como las centrales nucleares, la toma de la plataforma petrolífera por los terroristas o la última película de Ford Coppola.

Finalmente flaqueó mi voluntad y la besé. A partir de ahí yo no tuve voluntad, ni falta que me hacía.

Estábamos ya en la cama, cuando el avión dio el primer brinco.

—¿Qué ha sido eso?

—Un bache de aire —dijo ella—. Sucede a menudo…

Nuevo brinco. El morro del aparato se inclinó hacia abajo. Un zumbido a cosa averiada surgió de sus entrañas. Yo sentí como un vacío en las mías. El piloto asomó alucinado por la puerta de la cabina.

—¡Estamos perdiendo combustible! —gritó—. ¡Hay que saltar! ¡Los paracaídas!

—¿No puedes intentar un aterrizaje de emergencia? —pregunté.

—*¿Sobre el mar y en plena noche?* —Arrancó materialmente la puerta de un armario y sacó paracaídas y chalecos salvavidas—. ¡Rápido, por Dios! ¡Estamos perdiendo altura!

El zumbido había ganado en intensidad. El avión subía, bajaba y daba tumbos en el aire.

Escenas así siempre son de gran confusión. Yo ni siquiera reparé en que tanto yo como Sissy estábamos completamente desnudos hasta que intenté ponerme el chaleco salvavidas. Rápidamente, me

embutí mi cazadora de cremallera; encima el salvavidas y, encima de todo, el paquete del paracaídas. Debía tener un aspecto cómico, pero no había tiempo de buscar un espejo y reírse un poco.

Seguíamos perdiendo altura. El avión describía círculos en espiral, como descendiendo por una imaginaria escalera de caracol. Todo vibraba.

—¿Sabrás usar el paracaídas? —le grité a Sissy, que se lo había puesto directamente sobre la piel.

—¡Rápido, por Dios, rápido! —chillaba el piloto junto a la puerta de saltos.

—¡Hay que tirar de la anilla, ¿no?! —contestó Sissy—. ¡Como abrir una lata de cerveza!

Grrrgggfff, agonizaban entre estertores los motores del aparato.

Corrimos hacia la puerta. Fuera, todo era negrura y nubes amenazantes. El piloto me puso en las manos una pistola de bengalas.

—¡Tú primero, Indy! —gritó Sissy.

Dioses, le ha entrado pánico a saltar, recuerdo que pensé.

—¡Ni hablar, Sissy! ¡Vamos, tírate!

Quise hacerme a un lado para dejarle el paso franco, pero en ese momento sentí cuatro manos clavándose en mi espalda, *empujándome*. Cogido totalmente por sorpresa, en el instante siguiente me vi proyectado al vacío, manoteando en el aire como un pelele desarticulado.

—¡Buen viaje…! —Me pareció oír la voz de Sissy desde el avión. O tal vez sólo lo imaginé.

Una terrible sospecha empezó a tomar cuerpo en mi mente atribulada. Antes de tirar de la anilla del paracaídas, miré hacia arriba: El «Gulfstream» había estabilizado su vuelo y empezaba a ganar altura. Ni Sissy ni el piloto habían saltado.

Rrrrrrr, bramaban uniformemente los motores del aparato.

Después miré hacia abajo, y entonces sí se me congeló el aliento de forma definitiva.

Estaba a una altura considerable, pero allí, al fondo de todo, brillaban nítidas unas luces sobre la negrura del mar. Unas luces que delimitaban un perímetro pequeño y cuadrado.

Y, a lo lejos, formando un anillo que rodeaba esa zona iluminada a una distancia prudencial, otras luces, correspondientes a grandes

embarcaciones.

Todo aquello me sonaba a algo inquietantemente familiar. Tardé unos segundos en comprender, y tan sólo una milésima en quedar aterrado.

¿Te parecería bien ir a una isla?, me había preguntado Sissy.

Pues bien; hacia una isla descendía. Una isla de acero y metal clavada en el fondo marino.

Estaba cayendo directamente sobre la plataforma petrolífera ocupada por los terroristas.

CAPÍTULO III

Noté el brusco tirón de la frenada cuando se abrió el paracaídas. Miré de nuevo hacia arriba y descubrí que la tela era negra, confundiéndose, casi, con la noche.

Me habían dado un paracaídas de camuflaje.

A estas alturas, decenas de preguntas sin respuesta se abrían paso entre el pánico y el desconcierto. Sissy y el piloto habían montado la pantomima de la avería con el único propósito de lanzarme sobre la plataforma. No podía admitirse la casualidad en este punto. Pero *¿por qué?*

Fefe lo había empezado todo al darme la tarjeta. Gracias a ella, ahora me precipitaba literalmente sobre unos árabes armados y dispuestos a todo. A Fefe también le había matado un árabe. Eso parecía establecer una relación, pero no me aclaraba nada.

En todo eso iba pensando mientras descendía hacia la plataforma, que parecía agigantarse por momentos, como un monstruo lovecraftiano emergiendo de las aguas. Había sus buenos doscientos metros desde el mar hasta lo alto de la torre del quemador, ahora apagado. Sobre la plataforma, un amasijo de tinglados, grúas, la torre de extracción y, a un lado, la pista octogonal de helicópteros. Había luz en las cubiertas de personal, pero no se advertía ningún movimiento en superficie. Recé mentalmente por qué no me descubrieran.

Dirigí mi descenso en la medida de lo posible, tratando de caer cerca de la isla metálica, Era mi única tabla de salvación. Los barcos de guerra estaban demasiado lejos, y no podría llegar a nado hasta ellos en aquellas aguas inquietas.

Caí al agua a cosa de una milla de la plataforma. *A ver qué haces ahora*, pensé.

Ni siquiera tuve que nadar. El oleaje me empujó hacia una de las enormes patas del tinglado. Era cilíndrica y lisa como el papel. Imposible encaramarse por ahí. Agucé el oído, esperando oír voces o carreras indicativas de que había sido descubierto. No oí nada. Al parecer, *Lady* Suerte seguía velando por mí.

Pero ¿por cuánto tiempo?

—Animo —murmuré para darme valor—. Tal vez ahí arriba encuentres algún agujero donde esconderte hasta que acabe todo.

Podía acabar con una gigantesca explosión, pero preferí olvidar esa posibilidad.

Nadé bajo la plataforma, cruzándola diagonalmente hasta llegar al punto donde la tubería de extracción se sumergía en el mar. Buen lugar para encaramarse, con su escalerilla y todo para facilitar el trabajo de los escafandristas. El punto preciso donde los terroristas tendrían a un centinela por si a alguien se le ocurría montar un ataque submarino.

Agarré fuertemente la pistola de postas y empecé a trepar, sintiéndome como un condenado a muerte dirigiéndose por su propio pie al patíbulo.

Asomé precavidamente la cabeza al llegar a la altura de la plataforma. La torre de extracción, un montón de secciones de tubería y varios depósitos de iodo me limitaban el ángulo de visión. Pero no había nadie a la vista.

Bien, ahí vamos, pensé. Es *como tirar una moneda al aire y apostar a que quedará apoyada sobre el borde.*

Apenas me hube encaramado sobre la plataforma metálica, supe que la moneda *no* había caído de canto.

—¿Uuuh…? —se sorprendió un árabe provisto de metralleta, apareciendo de pronto por detrás de las tuberías.

Quiero recordar que yo no llevaba más que mi cazadora y el chaleco salvavidas. Imagino que en pleno jaleo y en alta mar el hombre no contaba con toparse con un exhibicionista. Le fallaron los reflejos y, cuando reaccionó y empezó a alzar su arma, yo ya estaba apretando el gatillo de la mía.

¡Blaffffff!, silbó la bengala, recorriendo apenas dos metros antes de estrellarse contra su tórax.

—¡Auggg! —se lamentó el terrorista. Soltó el arma, trastabilló y cayó al mar envuelto en llamas.

Demasiado derroche acústico para mi gusto. Al instante, empezaron a oírse gritos en las entrañas de la instalación. Una algarabía frenética en la que se mezclaban chillidos aterrados (de los rehenes, imaginé) y órdenes confusas. Recogí la ametralladora.

En ese mismo momento se abrió una puerta al otro lado de la plataforma y empezaron a salir terroristas armados. Una rociada de balas silbó tres metros por encima de mi cabeza.

Parapetado tras las tuberías, disparé a mi vez.

En seguida, mientras los veía caer uno tras otro, supe que habían cometido un grave error al salir en grupo y en terreno despejado. Como estrategia, era de pena. Se habían puesto ellos mismos de premio en una especie de pim-pam-pum de feria.

Seis o siete quedaron espatarrados por el suelo. Otros dos seguían en pie, corriendo hacia mí. Apreté de nuevo el gatillo.

Click.

Se me habían acabado las balas. Me quedé helado de espanto. Miré hacia los dos moros supervivientes que se acercaban.

Ellos me miraron a mí. Comprendieron… y tiraron sus ametralladoras. Acto seguido, sacaron sendos puñales.

No entendí el porqué. Tampoco dediqué demasiado tiempo a meditar, la verdad. Tal vez se trataba de un puro instinto sanguinario de matarifes, tal vez no querían arriesgarse a provocar el estallido total de la plataforma… o tal vez habían tenido un súbito arrebato de *fair-play* y pretendían darme una oportunidad.

Los moros venían al trote daga en ristre. Acorralado en la esquina de la plataforma, me quedaban dos vías de escape: El mar y la torre de extracción. Elegí la torre.

Una torre de extracción petrolífera puede tener sus buenos ciento cincuenta metros de altura. En su cúspide se halla la pequeña plataforma donde está la placa giratoria, elemento que proporciona impulso a un sistema tubular en cuyo extremo, en el fondo del mar, va fijo el trépano, especie de rueda dentada perforadora. Puede haber pasarelas a distintos niveles, y también escalerillas metálicas.

En este caso había dos, una a cada lado. Levité prácticamente, ascendiendo por la más cercana. Los moros se decidieron por la otra. Sujetaban las navajas con los dientes y ascendían con el

empuje de aviones de despegue vertical.

Treinta metros más arriba, llegué a la primera de las pasarelas que rodeaban la torre. Allí coincidí con el más ágil de los dos árabes. Llegamos al mismo tiempo y quedamos frente a frente, separados tan sólo por la sección de tubería vertical.

—¡Yah-ja-jhai! —gritaba el moro, para infundirse valor y aterrorizarme.

—Mensaje captado —murmuré yo—. Adiós.

Y seguí subiendo. Ya no había escalerilla, pero resultaba factible jugarse la vida trepando por los travesaños entrecruzados de la torre.

Y cuando llegues arriba, ¿qué?, me preguntaba yo en un afán masoquista.

El moro me siguió. Siempre dándome la cara, al otro lado de la torre, sonriéndome eufórico con el puñal en la boca. Visión aterradora que me ponía la carne de gallina y hacía que me sudaran las manos sobre las aspas de acero.

En un momento dado, empezó a rodear la torre, viniendo en mi busca. Ahora tenía el puñal en la mano. Debíamos estar a unos sesenta metros de altura.

A esa altura, una especie de pescante de rejilla se adentraba unos dos metros en la torre, quedando su extremo a otros tantos de la tubería. Me descolgué sobre él, avancé hasta el borde y allí me detuve a esperar la embestida de mi perseguidor.

Le estaba tendiendo una trampa muy ingenua y muy evidente. Demasiado, me temía.

Pero el moro aquel no estaba para sutilezas. Alcanzó el pescante y se lanzó contra mí sin pensárselo dos veces, en plan kamikaze.

Yo giré los talones, salté de nuevo y me abracé a la tubería, como un bombero respondiendo a la señal de alarma en su cuartel. En vez de mi cuerpo, el terrorista sólo encontró el vacío al final del pescante. No pudo frenar su impulso, salió disparado, rebotó en la tubería medio metro por encima de mi cabeza y ahí acabó todo para él.

Debió morir mucho antes de llegar abajo. Rebotó varias veces a uno y otro lado de la torre, el cuerpo ya desmadejado, y no paró hasta zambullirse en el mar, muchos metros por debajo de la plataforma.

Yo me deslizaba resbalando por la tubería, descendiendo sin poder controlar completamente mi velocidad. Por suerte, mi cazadora de cremallera me cubre hasta los muslos. De otra forma, no quiero ni pensar lo que podía haber pasado con ciertas partes vitales de mi organismo.

El otro moro me esperaba en la pasarela. Me esperaba inmóvil, mirándome alucinado, como si fuera el Profeta en persona y no yo quien descendía de los cielos. Cuando estuve a unos dos metros de él, salté sobre su cuerpo impulsándome hacia atrás.

Trompazo contra el moro, trompazo de rebote contra la barandilla de la pasarela, peligrosa oscilación sobre el vacío y media vuelta con los brazos hacia delante, esperando la inevitable embestida de mi rival…

… que no se produjo.

El terrorista había quedado de bruces contra el suelo. Inmóvil.

Me acerqué a su cuerpo con todas las precauciones del mundo y algunas más. Se estaba formando un charco de sangre bajo su vientre. Le di la vuelta.

Se había clavado su propio cuchillo al caer.

Increíble. Tanta suerte sobrepasaba cualquier límite establecido por la ley de probabilidades. Era milagroso que aún estuviera vivo.

Bajé por la escalerilla. Ignoraba si quedaban más terroristas. En todo caso, no se advertía movimiento alguno, y sí se oían muchos gritos aterrados, procedentes de una de las cubiertas interiores del complejo.

En cubierta había ocho cadáveres. Los ocho a los que había acribillado de una sola ráfaga gracias a su torpeza a la hora de salir en mogollón en pos de mí. Ocho, más los dos de la torre, más el de la bengala, once. Un doceavo cadáver, éste perteneciente al grupo de los rehenes, colgaba medio descompuesto de una de las grúas. También era árabe.

Recogí dos ametralladoras y me adentré hacia las tripas de la plataforma, orientándome por los gritos aterrorizados. Pasé junto a comedores, cocinas, cabinas dormitorio y, por fin, llegué al lugar de donde procedían. Una puerta cerrada, con el cartel: «Sala de descanso».

La abrí de una patada, apuntando al interior con una de las ametralladoras.

Allí dentro se apiñaban más de ciento cincuenta personas. La mayoría, árabes.

Pero éstos no eran agresivos. Eran agredidos. Vi rostros desencajados, noté un movimiento de agrupamiento (si es que podían estar más agrupados de lo que ya estaban en el insuficiente espacio), olí el temor generalizado, y también un desconcierto atónito.

—¡Tranquilos! —grité—. ¡No voy a hacerles daño! ¿Cuántos terroristas había?

Once, me respondieron en varios idiomas.

—Pues se acabó el problema —dije, un poco nervioso—. Los he matado a todos.

Había varios grupos claramente diferenciados allí dentro. Los árabes (en aquella plataforma la mano de obra procedía íntegramente de un mismo país de Oriente Medio, sabría más tarde), algunos técnicos e ingenieros occidentales y varios sujetos con traje y placas de identificación con el anagrama de la Rush Oil en las chaquetas. Ésos eran los ejecutivos capturados en plena visita de inspección, por los terroristas.

Se alzó un murmullo entre aquella gente, se oyeron gritos y luego vítores entusiasmados. Algunos se abrazaban, sin creer todavía que estaban salvados.

—¡Rambo! ¡Rambo nos ha salvado! —chillaba uno de los técnicos, fofo y con la cara picada de viruelas.

Me faltó poco para disparar sobre el gilipollas. Puestos a confundirme, prefiero mil veces que lo hagan con mi tocayo, el tal Jones.

Uno de los ejecutivos avanzó hacia mí. Se le veía como asustado, y me miraba parpadeando muy rápidamente. Entonces recordé que no llevaba nada encima, aparte de la cazadora y el chaleco salvavidas.

—Pero… ¿de dónde ha salido usted? —farfulló el hombre, tragando saliva.

Ésa era una pregunta que iba a oír muchas veces en los días siguientes.

CAPÍTULO IV

—Pero ¿de dónde demonios salió usted?

Una y mil veces la misma pregunta. No se les ocurría otra para romper el hielo. Me llevaron a una base militar británica y a todos los que querían interrogarme les dieron un número y les dijeron que se pusieran en la cola. Policías. Agentes secretos de la CIA y del M-15.
El general Noséqué en persona (no recuerdo su nombre), que mandaba mucho y andaba encorvado bajo el peso de sus medallas.

—Me caí de un avión —les explicaba yo a todos por riguroso turno.

Los policías se enfadaron, los agentes secretos sonrieron sarcásticos y el general Noséqué refunfuñó algo acerca de la ley marcial.

—Es verdad —les aseguraba con énfasis—. ¿Es que ustedes no se han caído nunca de ningún sitio?

Llegados a este punto cambiaban de táctica y, muy melosos, querían saber *cómo* me caí y en qué vuelo iba.

—Estos datos pertenecen a mi vida privada. Y ustedes no querrán entrometerse en mi intimidad, ¿verdad?

Querían entrometerse. Insistían. Se ponían pesados.

—¡Está bien! —estallé por fin—. ¡Me dedico al contrabando de material pornográfico entre Dinamarca e Inglaterra! ¡Mi socio me traicionó para quedarse él solito con un lote de fotos de Madonna en pelotas y me obligó a saltar!

—Tío, que te la juegas —mascullaron los polis.

—Ja, ja —hicieron los agentes secretos.

—¡Joven, le recuerdo que existe una cosa llamada paredón! —bramó el general.

Y yo me desesperaba. Si no aceptaban esa historia inventada, mil veces más creíble que la verdad, ¿cómo iban a reaccionar si les contaba lo de Sissy Wet? No podía decírselo. No me atrevía.

Ellos tenían sus propias teorías. Yo era un mercenario de élite super-entrenado. Los policías me creían al servicio de las centrales de inteligencia, en misión especial para hundir su prestigio y dejarles en ridículo; los servicios secretos sospechaban los unos de los otros y el general Noséqué se barruntaba que toda la operación había sido montada a sus espaldas por algún coronel ansioso de ascender y quitarle el puesto.

A los dos días, me exasperé.

—Pero, bueno, ¿acaso no les he quitado las castañas del fuego? —Y les mostré los telegramas de felicitación de varios presidentes, y les amenacé veladamente con mencionar sus nombres cuando aquéllos me recibieran para agasajarme, tal y como me habían prometido.

Eso ya les puso a la defensiva. Y yo aproveché la circunstancia exigiendo que, por lo menos, me sacaran inmediatamente de la base y me trasladaran a un hotel de Londres.

Craso error. Los ejércitos de periodistas que habían estado forcejeando con las alambradas de la base durante todo aquel tiempo, encontraron mucho más fácil colarse en el hotel de Londres que en el recinto militar.

Llamaban a la puerta de mi habitación y decían «room service», con voz muy engolada, disfrazados de camareros. Me los encontraba en el baño haciéndose pasar por fontaneros; surgían de debajo mi cama por las noches, cassette en ristre; aparecían por las ventanas, precariamente apoyados en la cornisa exterior, a doce pisos de altura, sonriendo muy simpáticos.

—¿De dónde demonios saliste, Indy? —Querían saber.

El consabido y lacónico «me caí de un avión» no les convencía, de modo que daban rienda suelta a su fantasía inventando delirios vagamente basados en las declaraciones de los rehenes liberados.

«El excéntrico vengador», titulaba un periódico de la tarde. «Desnudo y peligroso», insistía una revista femenina en su edición de urgencia, adjuntando un hábil fotomontaje en el que mí rostro había sido pegado sobre el cuerpo de un artista pornográfico. «Los mató uno a uno, refocilándose en la venganza», clamaba un rotativo

sensacionalista. «Indiana James jura seguir su cruzada: Varios terroristas se suicidan en diversos lugares del mundo al conocer la noticia», deliraba una revista de gran tirada. «Dice que se cayó de un avión», aseguraba comedidamente, el *Times.*

—*Cherí*, no digas nada a nadie, no aceptes ninguna oferta, tengo otra mejor, recuerda los favores que me debes, vengo en el primer vuelo, quiero la exclusiva y que me digas de dónde demonios saliste, besos, *cherí…* —habló atropelladamente desde una cabina del aeropuerto de La Guardia mi amiga Zenna Davis, del *New York Tintes.*

Situación exasperante la mía. Si contaba la verdad, todavía sería peor. Ya me imaginaba los titulares: «Liquida a doce terroristas para demostrarle su virilidad a una puta», o algo por el estilo. Y eso, si me creían. Que no me creerían.

Empezaba a ser hora de desaparecer, de fundirse en la nada y reaparecer en Holanda, para hacerle una visita privada a Sissy Wet.

La noche en que apareció un segundo periodista, esta vez una chica, haciendo el funámbulo sobre la comisa, la invité a entrar y le dije que iba a darle una exclusiva.

—¿De verdad me darás la exclusiva? —Se emocionó ella. Era alta y cuadrada, un poco hombruna.

—*Una* exclusiva —puntualicé.

Y salté sobre ella.

Minutos después estaba en ropa interior sobre la cama, atada y amordazada. Me puse sus ropas y una peluca, guardé las mías en su bolsa de bandolera y me descolgué por la cuerda que había utilizado para subir. Abajo, sus colegas se limitaron a cruzar vagas apuestas sobre si «la rival» se estrellaría o no contra el asfalto.

Me alejé rápidamente en cuanto mis pies tocaron tierra firme. Tras un seto, me cambié de ropa. Luego tomé un taxi y le di al taxista la dirección de
Mary-Lou
Foxworth[5].

Una de las ventajas de correr mundo es que acabas teniendo amigos en todas partes. Amigos dispuestos a echarte una mano cuando estás en un apuro.
Mary-Lou
no estaba en Londres, pero sí encontré a su fiel mayordomo

Spencer. El hombre me miró transido de emoción al reconocerme.

—Reciba mi modesta enhorabuena, señor —declaró—. Empezaba a ser hora de que alguien aplicara un severo correctivo a quienes osan desafiar al Imperio de Su Majestad. Hazañas como éstas devuelven el debido esplendor a la causa británica, y…

—Spencer, corta el rollo. Para empezar, no soy inglés. Y he venido a por un coche, no a recibir tus parabienes.

Ni caso. El hombre estaba embalado:

—… no obstante, me atrevo a insinuarle que unos simples pantalones, aunque fueran de tela basta, hubieran dado más realce a su figura, pues…

—¡Que necesito un coche, Spencer!

—… aunque sin duda fue el avatar de una precaria situación económica el que le impidió completar debidamente su vestuario —concluyó precipitadamente. Y luego, aclarándose la garganta—: Está bien, le llevaré al garaje.

De entre toda la flota de los Foxworth, escogí lo más modesto y menos llamativo, el Austin Metro gris que utilizaba Mary-Lou para sus desplazamientos por la capital.

Conduje en dirección a Dover el resto de la noche. Daba gusto estar solo, sin que nadie te preguntara nada. Aunque ahora era yo mismo quien me planteaba todas las incógnitas de aquel asunto demencial.

Primera pregunta sin respuesta: ¿Por qué me había tirado Sissy sobre la plataforma ocupada? Por un lado, me mandaba directamente al infierno; por el otro, me ponía una pistola de bengalas en las manos y me daba un paracaídas de camuflaje, como para ayudarme en mi previsible lucha con los terroristas.

Segundo interrogante: ¿Cabía una actuación más inepta que la del, en teoría, experto grupo terrorista en su enfrentamiento conmigo? ¿Eran realmente terroristas?

Y, tercero: ¿Qué relación tenían Fefe y su asesino con todo aquello?

En fin, que iba dándole vueltas a todo esto, y a muchos otros detalles igualmente absurdos, sin llegar a nada remotamente parecido a una conclusión coherente.

Lo único que podía hacer era tirar del hilo; el hilo estaba en

Blanken, Holanda, y hacia allí me dirigía.

Amanecía cuando dejé atrás Canterbury, ya cubierto más de la mitad del trayecto hacia Dover. Ensimismado como estaba en mis cábalas, no advertí que me seguían hasta que la situación era prácticamente irremediable.

Me seguían y me precedían.

En un momento dado, el Austin quedó virtualmente encerrado entre dos camiones de gran tonelaje. Intenté pasar al que tenía delante: El camión aceleró. Miré por el retrovisor; también el otro aceleraba su marcha.

A esa hora, las cinco de la madrugada, no había más tráfico en la carretera. Eso facilitaba a los conductores de los camiones su objetivo de ocupar el centro de la estrecha calzada, impidiéndome cualquier maniobra.

Tuve que frenar cuando el camión de delante empezó a reducir su marcha.

Dioses, querían obligarme a parar.

No me lo pensé dos veces. Un brusco giro de volante, el morro del Austin apuntando a la cuneta y gas a tope.

Sensación de traqueteo infernal, intuición de desastre inevitable al iniciar un corto slalom entre vacas y árboles por encima de la hierba. Mi vehículo no estaba preparado para el *cross*, eso desde luego.

Aun así, conseguí completar mi maniobra, regresando a la carretera por delante del primer camión. Tuve una visión fugaz del conductor a través del parabrisas y se me erizó el vello de la nuca: Era un árabe.

No soy racista, palabra… pero a aquellas alturas ya sabía que la aparición de más moros en mi vida sólo podía significar la aparición de nuevas complicaciones.

Volé sobre el asfalto, perseguido por los dos camiones, lanzados como proyectiles detrás del Austin.

Les ganaba metros en las curvas y los perdía en las rectas. Conseguía distanciarme de ellos, pero muy lentamente, con mucho trabajo.

Pero si llegaba a Cheltham, el próximo pueblo, estaría a salvo. Y faltaban sólo seis millas.

Nueva curva, nuevo gemido de frenos y de neumáticos

derrapando en la carretera.

Ante mí se abría ahora una larguísima recta. Al fondo de todo, un puente a bastante altura sobre un río que discurría bajo sus arcos.

Y había signos de vida. Gente. Figuras pequeñitas en la distancia, muchas, emergiendo de las cunetas y saliendo a la carretera a la incierta luz del amanecer. Perfecto; alguien a quien recurrir, alguien que llamaría a la policía cuando advirtieran que los dos camiones me venían persiguiendo.

Todas aquellas personas fueron congregándose en medio del puente. Tardé unos segundos en comprender.

Estaban formando una barrera humana.

Y… ¡Dioses! *¡Eran árabes!*

Vistazos a derecha e izquierda, constatación de que ahora era imposible, por lo abruptísimo del terreno, lanzarse a la cuneta y a los campos adyacentes, sensación de puro terror a medida que me acercaba a aquella masa humana silenciosa e inmóvil, todos encarados a mí, cortándome el paso.

—Os apartaréis —mascullé entre dientes—. Vaya si os apartaréis…

El acelerador a fondo. Doscientos metros hasta los moros. Ni el más leve movimiento. Como estatuas, esperándome.

Cien metros… y seguían sin apartarse. Detrás, los dos camiones ganaban terreno.

Cincuenta metros.

Debía de haber dos docenas de árabes, todos con sus chilabas y sus turbantes, todos taciturnos y sombríos, como surgidos de una pesadilla.

Se *apartarán*, rezaba yo. *Esto es un simple tira y afloja. Cuando vean que yo no aflojo, ellos tirarán. Seguro.*

Veinte metros. Los árabes se movieron. *Pero lo hicieron para arrodillarse en el mismo lugar donde estaban.*

La incredulidad hizo que aún recorriera otros diez metros antes de soltar el pie del acelerador y clavarlo desesperadamente en el freno.

¡T ssiiiiiiii!

Derrapó el coche, rebotó lateralmente contra uno de los pretiles del puente, *BLAMM*, fue a dar en el otro y acabó quedando cruzado

en medio de la calzada, a unos centímetros escasos de la primera fila de moros.

Los camiones frenaban a la entrada del puente. Medio aturdido, salí a trompicones del coche y me vi rodeado de inmediato por la masa de árabes.

No hablaban. Ni una palabra. Sus rostros carecían de expresión. Se limitaban a agarrarme, decenas de manos agarrándome e inmovilizándome, hasta que alguien me puso un pañuelo en la cara y olí a cloroformo.

En un instante, el mundo se convirtió en una cosa borrosa de contornos imprecisos. Luego, vino la oscuridad.

Dormí mal. Un sueño inquieto, perturbado por difusas y molestas sensaciones de incomodidad, mezcladas con retazos de alucinantes pesadillas. Ahora trasladaban mi cuerpo como si fuera un paquete. *Y estaba en el palacio de Sissy Wet, y hordas de árabes inexpresivos se materializaban a través de las paredes*. La pesadilla se volatilizaba en el último momento, dejando paso a la sensación de estar levitando, mientras algo rugía sordamente en algún lado. De nuevo me manejaban como a un paquete, de nuevo me elevaba. *Sissy me besaba y su cuerpo ardía.*

Hacía un calor agobiante. Desperté bañado en sudor.

Muy lenta y torpemente, como suele suceder en estos casos, me hice cargo de la situación.

Estaba tirado en el asiento posterior de un helicóptero. Atado de pies y manos. Ante mí, las nucas enturbantadas del piloto y el copiloto. Árabes, desde luego. Eso ya no me sorprendió.

Sí me sorprendió, en cambio, el paraje que sobrevolábamos. No era la verde Inglaterra. Qué va.

Parpadeé varias veces por efecto del reflejo del sol sobre la vasta inmensidad de un árido desierto. Un desierto sin límites, ni la más mínima señal de vida por ningún lado, ni un simple berebere en su camello, ni un triste participante del París-Dakkar, extraviado. Nada.

Los árabes captaron mi despertar e intercambiaron unas palabras en su incomprensible jerigonza.

—¿*Se* puede saber a dónde me lleváis? —pregunté sin muchas esperanzas de obtener respuesta.

—Montaña —dijo el copiloto—. Santuario.

—No parece haber muchas montañas por aquí… —Traté de prolongar la conversación, intentando adoptar el tono despreocupado del viajero que conversa con su guía turístico.

—Al-Amut —contesté en árabe. Y luego, traduciendo—: Nido de Buitres.

—Ah.

Pues qué bien. A buen seguro, el buitre jefe me estaría esperando en la montaña para agradecerme debidamente lo de la plataforma petrolífera. De pronto, pese a la alta temperatura sentí algo así como un amago de congelación.

Al rato, quebrando la monótona horizontalidad del desierto, vislumbramos una escarpadísima elevación en el horizonte. Una montaña, una sola, en cuya cima se veía un conglomerado de edificios amurallados. Un camino tortuoso e inclinadísimo unía al desierto con las puertas de la imprevista fortificación.

Hacia allí volamos.

En parte, era un cuartel, en parte un palacio sacado de *Las Mil y Una Noches*, con el detalle absurdo e increíble de unos exuberantes jardines adjuntos, verdadero vergel que nunca hubiera imaginado en medio de un desierto.

El lugar bullía de gente. Centinelas árabes armados, soldados que se movían entre el dédalo de edificios, patios de armas y otras instalaciones. Un par de camiones acababan de entrar en el recinto. De ellos descendían más moros, pero éstos, con sus chilabas blancas parecían neófitos, mientras que todos los demás lucían el escudo de una cruz sobre sus ropas. Blanca, sobre fondo rojo.

El emblema de los Templarios, pensé, pero con los colores invertidos. Los moros uniformados daban instrucciones a los otros, y los otros, que parecían un poco desorientados, obedecían, y se ponían en fila o formaban, según les ordenaran.

En un lugar como aquél no podía faltar una pista de aterrizaje para helicópteros. Descendimos y nuestro aparato se unió a otra media docena, de transporte y de combate, que ocupaban la pista. Al bajar, vi cañones en las almenas de las murallas, y un par de tanques en un hangar.

Mi llegada despertó la curiosidad de los soldados, que me miraban y me señalaban… pero nadie se dignó decirme nada en mi idioma. Ni siquiera el copiloto. Se limitaron a empujarme hacia uno

de los edificios. El más lujoso. A empujones me metieron también en una habitación, dejaron un centinela, fuera, y parecieron olvidarse de mí.

Por lo menos, la habitación era cómoda y lujosa. Con sus tapices árabes, la entrada a un dormitorio anexo bajo un arco de media luna, sus cojines para sentarse y sus ventanas… enrejadas.

Bastaba con mirar por una de esas ventanas al patio anexo, para saber que cualquier tentativa de huida estaba condenada al fracaso y al ridículo. Allí debía haber por lo menos dos mil soldados armados hasta los dientes.

Pasaron un par de horas. Yo me estaba poniendo nervioso. Si querían vengarse. ¿Por qué no empezaban por encerrarme en algún lóbrego calabozo? No quería hacerme ilusiones, pero el detalle del lujoso acomodamiento parecía alumbrar alguna tenue esperanza.

Intenté concentrarme en el libro de Andreu Martín. Había tres personajes principales: Un traficante de droga que pretendía estafar a su organización, una abogada principiante y muy impulsiva, y el marido de la abogada, que tenía poco que ver con la historia, pero que se imaginaba muchas cosas, se equivocaba en casi todas y acababa neura perdido imaginando que su legítima le ponía cuernos. Comprendí al pobre hombre.

Porque a mí, los cuernos me los había puesto, a su manera, Sissy Wet. Así son las mujeres, pensé rencoroso; se enrollan con un drogadicto o te tiran de un avión y allá te dejan para que te las compongas con el problema. De inmediato, me puse incondicionalmente de parte de Toni, el marido neurotizado. Pero me temía que el autor le reservaba un mal final en los últimos capítulos…

Dos horas más pasaron hasta que, de pronto, se abrió la puerta y apareció un soldado con una bandeja. Me traía la cena. Me la sirvió sin decir palabra y se fue.

Yo tenía hambre. Y, aunque no la hubiera tenido, la sola visión del menú
(cus-cus,
con la sémola en su punto, la carne abundante, su caldo y su salsa picante) me hubiera abierto la gula de inmediato. Si a todo ello uníamos una jarra de aromático té de menta, se comprenderá que prescindiera incluso de los cubiertos.

Me sentía un poco más de acuerdo con la vida en general y con los árabes en particular al finalizar la cena. Porque de la cena se trataba, ya que, afuera, empezaba a oscurecer.

Tan feliz estaba, que empecé a sonreír. De pronto, me sentía bien. *Dioses, muy bien*. La sangre me hacía cosquillas al circular por las venas. Me notaba ingrávido, ligerísimo. Los tapices de las paredes me revelaron mil detalles microscópicos, mil mundos ocultos, mil formas maravillosas inadvertidas unos minutos antes.

En el fondo de todo esto, apuntaba un sopor agradable, extraordinariamente placentero. De alguna forma, el sopor y el bienestar eran dos cosas distintas, independientes la una de la otra.

Los contornos de las cosas empezaron a difuminarse. Se formó una bruma ante mis ojos, a medida que el mundo exterior se desvanecía y yo me encerraba en mi feliz aturdimiento.

Oí que se abría una puerta. Pasos que se acercaban. Hice un esfuerzo por enfocar la vista y vi al jefe. Tenía que ser el jefe. Un árabe de edad avanzada, pero aún fuerte y elástico. Joyas en sus manos, fuego en sus ojos negros, decisión en la línea de sus labios.

Tendió sus manos hacia mí. Su voz sonaba fuerte como un huracán:

—Acepta la muerte —dijo—, porque de la muerte pasarás al paraíso que Alá reserva para quienes me sirven fielmente. Porque tras la muerte empieza la verdadera vida. Porque eres uno de mis hijos, y sólo si me traicionaras, perderías el derecho al paraíso.

En resumidas cuentas, pensé vagamente, que me habían envenenado y me estaba muriendo. Pero, lo que son las cosas, en aquellos momentos me importaba un pimiento.

CAPÍTULO V

Tuve la sensación de dormir durante un brevísimo período de tiempo. Al despertar, había sido transportado al paraíso. La orgía.

Jardines de exuberante vegetación alrededor, una música extasiante como flotando en el aire, bellísimas mujeres, de todas las razas, ofreciéndose gentilmente a cuantos estábamos allí.

Quiero recordar que yo era intensamente feliz. Que, como en un extraño sueño, realidad e irrealidad se fundían dejando paso a una especie de cuarta dimensión. Veías un rostro y lo olvidabas al cabo de un segundo. El aroma de una flor distante te llegaba nítido, con la intensidad de un concentrado de perfume comercial.

Deambulaba en estado de éxtasis, correspondiendo con sonrisas a cuantas sonrisas se me dedicaban. Todos participábamos de la misma felicidad. Copas de ambrosía pasaban de mano en mano y de boca en boca.

Y las chicas… Jamás he visto ni volveré a ver mujeres tan hermosas y tan sensuales. Ni tan amables. Un simple gesto y se despojaban de sus velos. Ni, mucho menos, tan expertas, una vez yacías con ellas sobre la hierba.

Hice el amor con una de ellas, no recuerdo si blanca, mora o mulata. La olvidé al instante, cuando alguien me pidió amablemente que se la dejara un rato. Pues claro que sí. No faltaría más.

Sodoma y Gomorra no debieron de ser nada al lado de aquello. El ambiente general era de paz y concordia. Todo estaba bien. Si necesitábamos un quilo de placer para sentirnos satisfechos, allí se nos ofrecían toneladas.

Sólo hubo un momento acre, un vago atisbo de dolor en toda la noche. También esto lo recuerdo difusamente. Ocurrió cuando

abrazaba a otra chica. Ambos debíamos de estar desnudos. Tuve la impresión de que sus manos me arañaban como las uñas de un gato en la espalda. Le pregunté qué ocurría, por qué me hacía daño, y ella me contestó en inglés. Yo entendía cada palabra pero era incapaz de ligar el significado de la frase. Sentí cierta angustia, como si algo marchara mal y no pudiera precisar qué… pero en aquellas condiciones la angustia era una sensación que no podía durar más de una milésima de segundo.

La fiesta debió prolongarse durante horas. Luego, uno a uno, los participantes fuimos cayendo derrengados, durmiéndonos sobre la hierba, entre las flores y bajo las estrellas.

Al despertar, estaba de nuevo en mi habitación. Y muy aturdido, aunque se trataba ya de otro tipo de aturdimiento, mucho más común: Pura y simple resaca.

Brillaba el sol a través de las ventanas y, de fuera, llegaba una algarabía a actividad cuartelaria. En un momento dado, el murmullo de conversaciones y gritos cesó, y yo me asomé a la ventana.

Los árabes que llegaron al mismo tiempo que yo en los camiones, estaban reunidos en el patio de armas. Desde una galería, provisto de micrófono, el árabe enjoyado y poderoso se disponía a hablarles.

No entendí ni una palabra del largo discurso en árabe. Pero fue un éxito total. Los recién llegados escuchaban cada palabra transidos de respeto y de fervor y, finalmente, prorrumpieron en vítores y exclamaciones de sumisión. A uno le dio por arrodillarse y hacer reverencias. Todos los demás le imitaron. El orador se retiró satisfecho.

Y bien, Indy, me dije. *¿Qué piensas de todo esto?*

En la vida me he sentido más desconcertado. Ni siquiera podía decidir si lo de la noche anterior había sido real o se había tratado de un simple sueño. Casi me inclinaba por la segunda posibilidad.

En un momento dado, noté un débil escozor en la espalda. Palpé con la mano bajo mis ropas y noté el tacto de una extraña cicatriz. Eso me hizo recordar vagamente el fugaz episodio de la chica que arañaba. Busqué un espejo y giré el cuello.

«HELP ME», había escrito alguien sobre mi piel. Y, luego, dos iníciales: «S. W.».

«Ayúdame. Sissy Wet», se me ocurrió de inmediato.

¿Era Sissy Wet una de las chicas del harén? ¿La que me había grabado el mensaje en la espalda mientras hacíamos el amor?

No podía precisarlo. Dioses, lo recordaba todo en general pero nada en particular.

Un sonido de pasos acercándose a la puerta me alertó. Tenía visita.

Entraron dos soldados armados, acompañados de un tío con pinta de chambelán. Éste hablaba inglés.

—Acompáñenos, por favor. El Viejo quiere hablarle.

—Pues qué bien —dije yo.

Me llevaron a un salón lujosamente decorado. Allí me esperaba el Viejo, sentado en un trono de oro puro con diamantes incrustados.

Guardias, soldados y chambelán se retiraron. Quedamos los dos solos, frente a frente. El sentado y yo de pie.

—¿Cómo se siente, señor James? —preguntó educadamente.

—Desconcertado —dije yo.

—Le comprendo. Ha pasado por una experiencia única. Pocos mortales llegan a conocer el paraíso en vida…

Me miraba fijamente, muy pendiente de mis reacciones. Permanecí inexpresivo. No sabía a dónde quería ir a parar.

—Dígame —prosiguió—. ¿Disfrutó de cada segundo del éxtasis?

—Estuvo bien, sí —acepté sin comprometerme.

—Pero acabó. Tuvo un principio y un fin. Es duro volver a la realidad después de haber estado en el paraíso… El lugar que conoció no es de este mundo, señor James. Está reservado para quienes me sirven fielmente y dan su vida por mí, para los *fedauris*. Alá me concedió el poder de señalar a los elegidos, y también el de mostrarles en vida el paraíso para que sepan que no hay engaño en mis palabras.

De pronto, comprendí a dónde iba. Me estaba repitiendo lo que les había dicho a los moros en el patio. Quería ver si como ellos había quedado convencido, si estaba dispuesto a ponerme incondicionalmente a sus órdenes.

Estaba ante un loco. Y más valía que le siguiera la corriente si no quería verme en nuevos y más graves problemas.

Me arrodillé como había visto hacer a los moros del patio.

—Dime, señor, ¿cómo debo llamar a aquel que desde hoy guiará mis pasos?

—Hassan el Sabbah es mi nombre. Pero todos me llaman el Viejo. ¿Estás ansioso por volver al paraíso para siempre?

—No deseo otra cosa —dije. ¿Qué podía decir si no? La elección estaba entre el paraíso de la noche anterior y el infierno de su cólera, imaginé. Me preguntaba si le habría convencido, si en su megalomanía estaba seguro de que bastaba con una juerga nocturna y cuatro palabras rimbombantes para que todo quisque se pusiera incondicionalmente a su disposición.

El Viejo sonrió y pulsó un timbre en el brazo de su trono. Entró un soldado con una bandeja. Y, sobre la bandeja, una pistola.

—Has sido elegido —dijo Hassan el Sabbah—. Puedes regresar allí para siempre. Es mi deseo que te pegues un tiro.

Así, como de pitorreo: «Es mi deseo que te pegues un tiro». Pero estaba terriblemente serio, mirándome, esperando a ver qué hacía.

Tomé la pistola.

Me está probando, me decía. *No se ha tomado la molestia de traerme desde Inglaterra sólo para asistir al espectáculo de mi suicidio. Quiere saber si puede confiar en mí.*

En teoría, todos éstos eran pensamientos tranquilizadores. En la práctica, no tanto. *¿Está cargada la pistola?* Un buen dilema. En mi vida había jugado a la ruleta rusa.

Me metí el cañón en la boca (*por lo menos, si está cargada, que sea rápido*) y apreté el gatillo.

Click.

Farol ganador.

—Devuélvela a la bandeja —me ordenó Hassan—. Aún no ha llegado tu momento, pero pronto se te concederá la oportunidad. Ahora, puedes irte. Eres libre de circular libremente por el palacio.

Me dejó en manos del chambelán. Volví a mi habitación, donde éste me proporcionó un turbante y una chilaba-uniforme, con los colores de la secta. Hice como que me alegraba horrores de ponérmela y, puesto que me habían dejado solo y no aparecía nadie para ordenarme nada, salí a inspeccionar el lugar.

Tenía muchas cosas en qué pensar. De alguna manera, ciertos aspectos del asunto empezaban a tomar sentido, como fragmentos de jeroglífico descifrados que dejaban aún la incógnita del

significado conjunto de toda la inscripción.

Recordaba por ejemplo a Abdul Yuri, el asesino de Fefe… que se había pegado un tiro antes de caer en manos de la policía. Y también a la barrera humana que me cortó el paso en la carretera, su inmovilidad, su indiferencia ante la posibilidad de ser arrollados. Sin duda, estaban pensando en el paraíso prometido y garantizado por Hassan.

En cuanto a lo del «paraíso» ya no me cabía ninguna duda de que había sido drogado. Las chicas debían tenerlas ocultas en algún lugar del recinto. A la fuerza o por dinero, se las obligaba a colaborar en el montaje.

Paseé por el recinto pensando en todo esto y en muchas cosas más como, por ejemplo, la inscripción que tenía grabada en la espalda. «Ayúdame. S. W.». Sissy Wet, otro eslabón de la cadena que me había llevado desde Hamburgo hasta allí, pasando por la plataforma ocupada. Los terroristas tenían que ser fieles de Hassan, estaba seguro. *Fedauris*, los había llamado él.

Al llegar a la puerta de la muralla, me di cuenta al mismo tiempo de dos cosas. Una: La puerta en cuestión estaba abierta. Dos: Cerca de ella, en el patio interior, había un camión sin conductor y con el motor al ralentí.

Era exactamente el tipo de oportunidad que no se te ofrece dos veces cuando has caído en manos de un grupo de fanáticos. Una columna de árabes recién llegados, se alejaba hacia unos barracones guiada por el olvidadizo conductor. Por lo demás, allí no había nadie. Los centinelas de las almenas no supondrían ningún problema en cuanto me lanzara a toda velocidad.

Me metí de un salto en la cabina, quité el freno de mano, pisé el embrague para meter la primera y di gas a fondo.

El camión respondió como un animal dócil. En dos segundos había cruzado ya la puerta, y me aventuraba por el escarpado camino que descendía por la colina.

Así de fácil, pensaba. Adiós, muy buenas, *Hassan Sabbah* el Alucinado.

Me pareció oír gritos de alarma, pero eso no me preocupaba. Si querían cogerme, primero tendrían que alcanzarme. Y eso les iba a dar mucho trabajo.

Ya iba en cuarta, bajando y con gas a fondo. Por el retrovisor,

advertí un «*jeep*» saliendo del recinto amurallado.

Más gas.

De pronto, el motor del camión se puso a toser. Un estertor, otro, y luego otro. Miré por reflejo el indicador de gasolina.

Cero. La aguja, ni se movía.

Demasiado tarde, comprendí. Me habían dejado el camión aposta, me habían probado de nuevo, y esta vez no había pasado el examen.

El camión se paró al llegar a la base de la montaña. Bajé. Seis o siete «*jeeps*» venían lanzados en mi persecución. En cada «*jeep*» media docena de *fedauris* vociferantes y aunados hasta los dientes.

No intenté huir. ¿Para qué?

Había metido la pata hasta el fondo y ahora tendría que enfrentarme con las consecuencias.

CAPÍTULO VI

Me llevaron de nuevo ante el Viejo. Hassan el Sabbah no me recibió esta vez en el salón del trono; lo hizo en sus aposentos privados, en un ala del palacio. Allí la decoración era menos fastuosa pero más práctica. Aire acondicionado, mullidos butacones, video y toda la pesca. Para su vida privada, Hassan prefería el estilo occidental.

Cosa rara, ahora se le veía más distendido y mucho menos solemne. Sonreía y todo, pero un poco de lado, como el tahúr que ha perdido una mano pero confía en resarcirse sobradamente a lo largo de la partida.

—Le felicito por haber apretado el gatillo —dijo—. Fue un buen farol. Lástima que lo haya echado todo a perder.

Esta vez, se habían quedado dos *fedauris* con metralletas, apuntándome por si se me ocurría intentar algo.

—¿Qué es lo que he echado a perder? —pregunté.

—Su vida, Pero eso no tiene mucha importancia. Lo que en realidad me molesta es que haya fastidiado todo un plan largamente meditado y escrupulosamente realizado en todos sus puntos. Contaba con su lealtad incondicional para algo muy importante, señor James.

—Puede probar a montar otra pantomima como la de anoche. Primero me droga, después me lleva a la fiestecita y finalmente me repite toda la historieta del paraíso. A lo mejor, esta vez resulta.

Arqueó las cejas y sonrió con aires de superioridad. En aquel momento supe que no me mataría inmediatamente. Era un ególatra y primero me haría partícipe de todas sus estratagemas, con la intención de impresionarme.

—Resulta muchas veces, señor James. Más de las que imagina. Tratándose de árabes, que ya tienen la base de la religión

mahometana, apenas hay fallos. Con los occidentales es diferente. Es otra cultura, tienen otras creencias… cuando tienen alguna. Aun así, en muchas ocasiones se consigue el éxito. Usted conoció a un tal Fefe, ¿verdad?

Esto sí que no me lo esperaba. En ninguna de mis cábalas, había contemplado tal posibilidad.

—*¿Fefe era un fedauri?*

—Era un *ferviente fedauri*. Esperaba impaciente la hora de su muerte para poder gozar del paraíso… Y también era buen actor. Consiguió hacerse amigo suyo, tal como se le había ordenado, se dejó matar en el momento preciso… —Hassan hizo una pausa y, como aclarando un punto ya sobreentendido, añadió—: Abdul Yuri, su asesino, también era de los nuestros, desde luego. Todo estaba programado.

No pude evitar hacer una concesión a su hegemonía, preguntando:

—Programado, *¿para qué?*

—Queríamos convertirle en un héroe —explicó satisfecho—. Los trabajadores de la plataforma petrolífera de la Rush Oil eran árabes, todos la misma nacionalidad, todos de cierto país cuyo jefe de Estado nos está haciendo la vida imposible. Sí, señor James, nosotros ocupamos la plataforma. Ya he leído lo que dicen los periódicos occidentales acerca de su *heroicidad*. Patético. En realidad, mis hombres tenían instrucciones de dejarse matar. En condiciones normales, no habría tenido la más mínima posibilidad.

Era cierto. Tenía que admitirlo. Ahora se explicaba la «torpeza» de los terroristas. Y por qué los dos que tenían metralletas las tiraron y montaron la parodia del ataque con puñales.

—¿Y qué ganaba con esto? —pregunté, sinceramente desconcertado.

Hassan sonrió:

—Dos cosas. Por una parte, cuando mis hombres ocuparon la plataforma, las acciones de la Rush Oil bajaron al cuarenta por ciento, ante el convencimiento general de que la más costosa instalación de esta empresa, su mejor yacimiento, acabaría estallando. Yo compré muchas de esas acciones baratas. Me convenía que volvieran a subir para obtener mi justa plusvalía, ¿no le parece? Por tanto, era preciso un final feliz para los intereses de

la compañía. Por otro lado, convertido usted en héroe, sería sin duda recibido y agasajado por muchos jefes de Estado… entre ellos, el presidente de ese «cierto país». Convertido en *fedauri*, usted habría aprovechado la ocasión para matarlo y eliminamos el estorbo…

—¿Tanta maquinación para un simple asesinato político?

—Ni aun así hubiera sido fácil —me preguntó el Viejo. A una señal suya, uno de los soldados sacó una carpeta de un archivo y se la entregó. Hassan empezó a enseñarme los esquemas del dispositivo personal de seguridad de ese presidente—: ¿Lo ve? El hombre se teme un atentado. Incluso usted, no obstante su calidad de invitado de honor, habría sido minuciosamente cacheado antes de ser llevado a su presencia. Claro que eso no les hubiera servido de nada, porque nuestros médicos le habrían colocado, mediante una intervención quirúrgica, dos quilos de explosivos en el estómago. En el momento en que le abrazara, uno de nuestros hombres, mediante un control remoto, habría hecho estallar la bomba —concluyó. Y se me quedó mirando, a la espera, imagino, de verme impresionado.

Pero yo no estaba dispuesto a concederle ese placer. Pero sí a seguir hablando. Todavía quedaban cosas por aclarar.

—Hay algo que no entiendo. Fue una mujer, Sissy Wet, quien me lanzó sobre la plataforma. ¿También ella era una *fedauri*?

—Sissy Wet es una puta —dijo con desprecio—. Y, a las putas, se las compra. Lo hizo por dinero. Por mucho dinero, naturalmente. Después la secuestramos, le quitamos el dinero… y la hemos puesto a trabajar en nuestro paraíso a cambio de manutención…

Seguía mirándome. Seguía esperando un testimonio de admiración por mi parte.

—Está loco, Hassan —dije—. Ni siquiera es original. Ha montado una secta y se aprovecha de la credulidad de personas ignorantes, como tantos otros farsantes.

—Se equivoca. La secta de Los Asesinos existía ya hace siglos. No hago sino seguir con la tradición —replicó tirante.

Los Asesinos. «¿Quién ha sido?», le había preguntado yo a Fefe, poco antes de morir. «*Asesinos*», contestó él, sonriente. «*Asesinos».*

—Usted no es más que un pobre ignorante, James. Tal vez le convenga oír una vieja historia…

Y entonces me explicó el origen de Los Asesinos. El origen incluso de la palabra, cuya etimología procede, en muchos idiomas, de una secta árabe. Posteriormente, en consultas de biblioteca, supe que todo era cierto.

En el año 1090 un egipcio proscrito, musulmán, llamado Hassan el Sabbah (nombre que había copiado mi interlocutor) fundó una secta que él llamó de los *batinianos*, estableciéndose en un fuerte en lo alto de una montaña y dándose a sí mismo el apodo de *Sheik Al Yebel* (El Viejo de la Montaña). Hassan fundó un imperio basándose en el engaño. Y el engaño consistía en hacer creer a sus acólitos que existía un paraíso reservado para quienes le obedecieran ciegamente. Para ello, les drogaba con *haschish*, y luego les trasladaba a unos jardines donde gozaban de todos los placeres imaginables, en compañía de hermosísimas mujeres. Al despertar, creían que habían estado de verdad en el paraíso, y juraban eterna obediencia a quien tenía el poder de otorgárselo o negárselo. Para impresionar a sus invitados, Hassan solía ordenar a alguno de sus *fedauris* que se suicidara tirándose de las almenas de su castillo. Siempre lo hacían.

Por lo del *haschish*, los miembros de la secta empezaron a ser conocidos como «*haschischins*», y de ahí derivó la palabra «asesinos», pues su ferocidad sanguinaria era conocida en todo el mundo.

Al desaparecer la secta, dos siglos después, dejó tras de sí una turbulenta historia, y unas posesiones que en algún momento llegaron a sumar cien castillos e infinidad de ciudades.

Ahora, aquel loco había retomado la idea y estaba utilizándola con notable éxito en su propio beneficio.

Una vez me hubo explicado todo lo que me tenía que explicar, Hassan perdió por completo el interés en mi persona. Se limitó a señalar, antes de que se me llevaran:

—Adiós, señor James. Le espera una muerte lenta, una larga agonía. Morirá de hambre y de sed.

Y me llevaron a un calabozo subterráneo, sin ventanas y con el suelo cubierto de paja. El calor era asfixiante, y la sensación de claustrofobia en el reducido espacio de dos metros por dos, agobiante.

En estas condiciones, es normal que uno se vuelva un poco

pesimista. Máxime cuando incluso me habían quitado el libro de Andreu Martín, con el que habría podido distraer mi agonía.

Creo que perdí el sentido del tiempo. Pasaron horas, luego días (o eso me pareció). Primero note la desagradable mordedura del hambre en el estómago y el zarpazo de la sed en la garganta. Luego, desapareció el hambre y sólo quedó la sed. Empecé a desesperarme. Golpeaba la puerta con los puños, pero nadie me hacía el más mínimo caso, a pesar de que podía oír las conversaciones de los guardianes en el pasadizo. Estuve a punto de enloquecer: Me habían degradado, quitándome el uniforme de *fedauri* y devolviéndome mis ropas; me daban ganas de hablar con mi cazadora.

Teniendo en cuenta todo esto, se comprenderá que cuando empezaron a oírse disparos en el pasadizo, me alegrara horrores.

Y no digamos cuando se abrió la puerta y apareció Sissy Wet.

—¡Vamos! —gritó la chica—. ¡Vamos, vamos, vamos, vamos…!

Yo no sabía a dónde íbamos, pero fui. Vaya si fui.

CAPÍTULO VII

Sissy llevaba dos ametralladoras; una me la dio y la otra se la quedó para ella. Sin dejar de gritar «vamos, vamos, vamos», en pleno estado de frenesí, empezó a empujarme por el pasadizo sembrado de cadáveres y de heridos agonizantes.

—¿De dónde sales? ¿Qué ha ocurrido? —Quería saber yo.

—¡Los que llevan uniforme son los vigilantes, los otros están drogados! ¡Son neófitos, recién llegados! ¡He aprovechado su estado para montar una insurrección en plena orgía!

Más tarde, sabría que les había dicho que su benefactor había sido encerrado en un lóbrego calabozo por traidores infieles. Alucinados como estaban, se lo creyeron sin más problemas.

Dos *fedauris* aparecieron por el último recodo del pasadizo subterráneo. Rugieron al mismo tiempo mi metralleta y la de Sissy y las balas les clavaron literalmente en la pared.

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos…!

Una sirena sonaba en alguna parte, murmullo de gritos más o menos lejanos, carreras por todas partes, disparos de los *fedauris* acribillándose unos a otros en plena confusión.

Llegamos a un patio.

—¡Vamos, vamos, al camión, vamos, vamos…!

Otro camión esperándonos. Por reflejo, miré la aguja de la gasolina al montarme en él. Esta vez el depósito estaba lleno. Arranqué.

—¡Cuidado…! —chilló Sissy.

Varios *fedauris* nos salían al paso. Esta vez sí arremetí contra ellos. Una rociada de balas hizo desaparecer el parabrisas pero, milagrosamente, ni Sissy ni yo fuimos alcanzados.

La chica sacaba medio cuerpo por la ventanilla y disparaba

hacia atrás.

—Una pregunta, Sissy…

—¡No es momento, Indy! ¡Vamos, vamos! ¡Correeee!

—¿… por dónde se sale?

—¡Y yo qué sé! ¡De prisaaa!

Conducía a toda velocidad, perdido entre el dédalo de edificios del recinto, sorteando callejones, atravesando patios, girando una y otra vez en busca de la muralla. Nos llovía plomo de todas partes. También los faros del vehículo habían resultado alcanzados, y eso no contribuía en nada a mejorar mi sentido de la orientación.

Un nuevo giro, embocando un nuevo callejón. Conciencia de desastre inevitable al ver que nos habíamos metido en un *cul-de-sac*, que quedaba cortado por la entrada del palacio personal de Hassan el Sabbah.

—¡Por aquí nooo! —gritó Sissy—. ¡Da media vuelta! ¡Echa atrás!

—¡Imposible! —aullé sin despegar el pie del acelerador.

—¡Qué va a ser imposible! ¡Indyyy! ¡Que nos metemos en el edificioooo!

—¡Mira atrás!

Miró.

—¡Mierda…! —dijo.

Nos venía siguiendo un tanque. Acababa de meterse en el callejón, cortándonos la salida y el aliento.

Embestí la puerta del palacio. No era muy sólida. No tanto, al menos, como el camión. La atravesamos como si fuera de cartón, provocando una lluvia de astillas.

Por suerte, los palacios acostumbran a estar dotados de amplios pasillos y enormes salones por los que un camión puede circular como quien lo hace por una avenida. A veces rebotas lateralmente contra una pared o te dejas el guardabarros contra una columna, pero, mal que bien, vas avanzando.

¿Hacia dónde?

No había tiempo para buscar respuesta a preguntas como ésta. La masa árabe armada había entrado detrás de nosotros en palacio y nos urgía desplazamos más rápidamente que ella.

Subimos por unas cortas escaleras, bajamos por otras, atravesamos una pared casi sin damos cuenta y, de pronto, nos encontramos en el ala privada de Hassan el Sabbah.

Frené en seco.

—¡Indyyy! ¿A dónde vas?

Yo había saltado del camión. Tenía una idea. Seguramente no era la más apropiada para aquel momento, pero ya he dicho que me habían tenido días metido en un lóbrego calabozo y no razonaba muy bien.

Entré en la sala donde había hablado con el Viejo, metí la mano en el archivo y saqué una carpeta. Creí que era la que él me había mostrado. Si era otra, tampoco importaba mucho. Quería pruebas. Quería algo que mostrarle al mundo cuando saliéramos de allí (si es que salíamos), y poder acusar así al viejo demente.

Regresé al camión. En mi ausencia, Sissy se había hecho cargo del volante. Varios *fedauris* se acercaban al trote, precedidos por las balas de sus armas.

Arrancó Sissy, precipitándose hacia ellos. Yo iba disparando con la ametralladora a través del marco del inexistente parabrisas.

Aquello era un frenesí delirante. Íbamos a tontas y a locas, arrollando costosísimos muebles, cambiando de dirección cuando algún muro con pinta de sólido nos salía al paso. Como esos coches de juguete que rebotan y cambian de dirección al chocar con un obstáculo.

Nos alegramos mucho al vislumbrar un amplio ventanal. Por fin una salida.

—¡Agárrate! —gritó Sissy.

Yo me agarré, ella aceleró y atravesamos sin problemas el ventanal. Los problemas vinieron luego.

Habíamos ido a parar a la fachada posterior del palacio. Edificio a desnivel, lo que era planta naja por un lado, era el primer piso por el otro.

En otras palabras: *Votamos.*

No puedo precisar cuál era la altura; sólo sé que tras tocar el suelo, el camión rebotó algo así como medio metro. Imaginé todos los ejes destrozados, pero me equivocaba. El trasto o bien era excepcionalmente sólido, o tenía su día afortunado.

Habíamos caído cerca de una caseta fuertemente custodiada por *fedauris* que nos disparaban con toda la explícita vehemencia de sus armas automáticas. En vez de acelerar, Sissy frenó.

¡Rat-ka-ta-ka-ta-ka-ta!, tronaban las ametralladoras.

PLOF, PLOF, estallaron sordamente los dos neumáticos traseros de nuestro vehículo.

Pero, mientras esto ocurría, Sissy ya se las había apañado para sorprenderme exhibiendo una granada y tirándola por la ventanilla Cayó sobre la caseta y estalló.

La caseta era el polvorín.

Si estábamos en plan verbena desmadrada, había llegado la hora en que uno se olvida de petarditos tontos y empiezan los fuegos artificiales de verdad.

¡¡¡BOUMMMMM!!! Y la onda expansiva de la gigantesca explosión le dio una patada en el culo al camión y lo mandó siete metros hacia delante.

A partir de este momento, las cosas se simplificaron. La confusión subió mil enteros mientras un incendio de proporciones desmesuradas se propagaba por todo el dédalo de edificios. Los *fedauris* chillaban aterrados al ver que en vez del paraíso prometido, se les venía encima un infierno en toda la regla.

Dimos al fin con la muralla y salimos al exterior.

Esta vez no nos persiguió nadie. Imagino que estaban demasiado ocupados tratando de apagar el incendio.

El camino desaparecía en la base de la montaña. Sissy enfiló el vehículo hacia el desierto a partir de este punto.

—¿Sabes a dónde vamos? —le pregunté.

Ella empezaba a calmarse.

—Ni idea. Pero tenemos gasolina para unas cien millas. Encontraremos a alguien a quien preguntar en ese trecho, ¿verdad?

—Sí, claro. Como si estuviéramos en Picadilly Circus —dije yo, sarcástico.

—¡Vamos, no seas pesimista!

Íbamos sin neumáticos. Las llantas del camión levantaban chispas sobre las piedras del desierto.

—Oye —dijo Sissy más adelante—. Perdona por lo del avión. Es que me habían pagado mucha pasta, ¿sabes? Pero me caíste muy bien desde el primer momento. Me supo muy mal tener que tirarte sobre esa plataforma, de verdad —y luego, sonriendo—: ¿Todo olvidado?

Así son las mujeres. Una vaga frase de disculpa, una sonrisa radiante y esperan que les perdones las mayores cochinadas. Caso

de que te resistas a hacerlo, vierten sobre ti todo un surtido de desagradables adjetivos calificativos. Como hizo ella cuando vio que yo no le contestaba.

—Oye, no seas tan rencoroso. ¿Es que no sabes encajar una broma?

—Además, te he rescatado del calabozo, ¿no? ¡No me negarás que esto ha sido todo un detalle!

Era cierto. Cuando yo intenté huir por mi cuenta, ni siquiera me detuve a pensar en ella y en el mensaje que me había escrito en la espalda.

Resoplé:

—De acuerdo, no ha pasado nada.

Sissy sonrió:

—Acabaremos lo que empezamos en el avión, ya verás. Gratis no puedo hacértelo, después de que ese loco me quitara toda la pasta que me había pagado, pero te prometo un sustancioso descuento.

Seguíamos corriendo a través del desierto, toda la estructura del camión a punto de reventar de un momento a otro, metiéndonos en baches y saltando sobre piedras.

Y empezaba a amanecer.

Aproveché la luz para echarle una ojeada a la carpeta que me había llevado de los aposentos privados de Hassan el Sabbah. No era la que me había mostrado. Contenía otros papeles. «Operación Herodes», se leía en la primera página.

Eso ya no me gustó nada.

Y, cuando leí todo el manojo de documentos, se me pusieron todos los pelos de punta.

—Sissy, ¿tienes idea de a qué día estamos?

—Claro —dijo ella—. Domingo. Bueno, no; lunes, porque deben ser ya las cuatro de la madrugada. ¿Por qué lo preguntas?

—*¿Lunes ocho?*

—Eso es.

—*¡Acelera!*

Operación Herodes. Se trataba de asesinar a una chica de trece años. Precisamente a Sarah, la hija única del presidente de ese «cierto país» árabe al que debía de haber asesinado yo, según los planes de Hassan. Los documentos y los informes detallaban punto

por punto toda la operación.

Sarah estaba interna en un colegio de Suiza. Una institución especial para hijos de gente importantísima. Las normas de seguridad en ese centro eran muy rígidas. Había vigilantes, e incluso los profesores de los alumnos eran cacheados diariamente antes de entrar en el centro.

Pero Hassan había conseguido convertir en *fedauri* a uno de esos profesores. Un francés de nombre Rene Lafosse. Y Rene llevaba una bomba de relojería en el interior de su cuerpo, y esa bomba estallaría el lunes ocho a las doce y veinte del mediodía…

A esa hora, Rene estaría dando clase al grupo de Sarah. Hassan había calculado que el estallido mataría a todas las niñas presentes en el aula. Por aquello de asegurarse, imagine.

—¿Ahora te han entrado prisas? —se extrañó Sissy—. ¡Si no nos persiguen!

—¡Tenemos que estar en Suiza antes de mediodía!

Se lo conté todo. Y ella palideció, mientras yo hacía cálculos, basándome en suposiciones (ni siquiera sabía en qué lugar de Oriente Medio nos encontrábamos), calculando diferencias horarias y llegando a la conclusión de que no habría tiempo de llegar.

Para complicar las cosas, se nos acabó la gasolina. Nada es eterno, en esta vida.

—¡Mierda! —me desesperé, pateando la caja del vehículo como si éste tuviera la culpa de algo.

—¡Mira! —gritó Sissy, más optimista.

Espejismo o realidad, a lo lejos se vislumbraban los tejados de un pequeño poblado árabe.

Corrimos hacia allí.

Imagino el sobresalto que debió de provocar nuestra llegada, jadeantes, sudorosos y con las ropas destrozadas a aquel lugar apartado del mundo, cuatro barracas, seis casas y algo remotamente parecido a una gasolinera.

—¿Teléfono? —le pregunté al primer árabe que nos salió al paso, un viejo requemado por el sol.

No me entendía. Recurrí a la mímica, fingí que hablaba con un imaginario teléfono. El hombre se asustó y salió corriendo. Pero ya venían más.

No tenían teléfono (¿cómo iban a tenerlo en medio del

desierto?); de hecho, el único aparato remotamente moderno de que disponían era un «*jeep*» semidestrozado, reliquia del paso de las tropas aliadas durante la segunda guerra mundial.

También tenían un mapa, y ese mapa indicaba la presencia de un aeropuerto cincuenta millas al norte.

Les robamos las dos cosas. No había tiempo para explicaciones. Ya se las devolveríamos a su debido tiempo.

Entre una cosa y otra, habían pasado tres horas, y en resumidas cuentas, quedaban unas seis para el momento de la fatídica explosión en Suiza.

Otra hora la consumimos hasta llegar al aeropuerto. Sissy se había vuelto a poner nerviosa, y no dejaba de murmurar, hablando con el «*jeep*», repitiéndole una y otra vez su cantinela:

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos…!

—Tranquila —le decía yo—. En el aeropuerto habrá teléfonos. Una simple llamada internacional con la policía suiza y asunto arreglado…

—¡Eso será si nos creen!

No hubo ocasión de comprobar la credulidad de los policías suizos.

El aeropuerto correspondía a una ciudad de relativa importancia… Ciudad que dos días antes había sido víctima de una tormenta de arena que había cortado todas las comunicaciones.

—¿Y ahora qué? —chilló Sissy, exasperada, zarandeando al funcionario del aeropuerto que nos informó de la circunstancia.

—¿Pueden alquilarnos una avioneta? —pregunté yo, a pesar de que no teníamos con qué pagar el alquiler.

—Aún están limpiando la pista… —murmuró aterrado por nuestra vehemencia el hombre—. Hoy sólo saldrá un vuelo. Uno comercial. Es aquel avión que está en la parte despejada, ¿lo ven?

Miramos y lo vimos. Se trataba de un «Focker», al que subían ya los últimos pasajeros.

—¡Vamos, vamos, vamos…! —gritó Sissy. Y echó a correr hacia la pista.

Creí comprender lo que se proponía. En un segundo, lo vi claro. Todos los aviones disponen de aparatos de radio, con los que podríamos comunicarnos con la policía suiza, o hacer llegar el mensaje a través de intermediarios.

Cuando alcanzamos la pista, empezaban a retirar la escalerilla. Subimos en cuatro saltos y empleamos un quinto en introducirnos en el aparato un segundo antes de que cerraran la puerta.

Se armó un barullo de cuidado. Los pasajeros chillaron histéricos ante nuestra aparición. Con las ropas destrozadas, sucios, desgreñados y cubiertos de arena desde la cabeza hasta los pies, nuestro aspecto no debía ser precisamente tranquilizador.

El copiloto vino a nuestro encuentro. Llevaba una pistola en la mano.

—¿Se puede saber qué…? —empezó.

—¡Es una urgencia, maldita sea, despegue de una vez, se lo contaremos por el camino! —le urgió Sissy, agitando los brazos como si pretendiera emprender el vuelo por sí misma.

—Estese quieta, señorita —dijo el otro—. Lo lamento mucho, pero tendrán que bajarse inmediatamente.

Sissy le pegó un puñetazo en la mandíbula.

El hombre trastabilló, se le disparó el arma y la bala recorrió todo el pasillo, aumentando bastante el nerviosismo de los pasajeros, y perdiéndose en la cabina.

Un nuevo golpe de Sissy, éste de karate con el canto de la mano, dejó definitivamente *out* al tipo. Yo recogí la pistola y la miré admirado por su habilidad. Pegaba como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¡Es que una chica debe de aprender karate, hay mucho gamberro y mucho violador suelto! —explicó. Y luego—: ¡Es importante defender la virginidad de una, ¿no?!

Preferí no hacer comentarios al respecto.

—¡Que no se mueva nadie! —aullé en el colmo del paroxismo, apuntando a un lado y otro con la pistola. Y en un rapto de súbita inspiración, agregué—: ¡Esto es un secuestro!

Corrí hacia la cabina para hacerle partícipe de la noticia al piloto.

—De acuerdo —aceptó el hombre—. Sobre todo, no se ponga nervioso. ¿A dónde quiere ir?

—¡De momento, despegue! ¡Luego radiaremos un mensaje y se lo explicaré todo!

—Me temo que eso no será posible, señor.

—*¿Que no será posible?* —terció Sissy, asomando a la cabina—.

¡Más le vale que lo sea, si aprecia en algo su vida!

El piloto señaló el aparato de radio. Entonces reparé en que tenía un agujero de bala. Varios cables chamuscados asomaban al exterior. Allí había ido a parar la bala perdida del copiloto.

—Le acaban de pegar un tiro a la radio. No puedo hacer nada. Lo siento.

Sissy y yo intercambiamos una mirada desesperada.

—¡Está bien, despegue de una puta vez! —rugió la chica—. ¡Nos vamos a Suiza!

—No llegaremos a tiempo —me desesperé—. *No tenemos tiempo*. Es imposible.

Sissy ni siquiera me escuchó. Miraba uno de los relojes en el panel de instrumentos del avión.

—¿A qué hora cree que podríamos llegar a Suiza?

El piloto hizo sus cálculos, tratando de conservar la sangre fría. Empresa difícil, en compañía de dos locos peligrosos, como debíamos de parecer nosotros. Pero, por lo visto, el hombre tenía práctica, en asunto de secuestros aéreos.

—Podemos aterrizar en Ginebra a la una, hora local.

—¿*Hora local* quiere decir *hora suiza*?

—Sí.

—¡Dame la pistola, Indy! —vociferó Sissy.

Lo hice. Ella apuntó al piloto.

—¿Seguro que no podemos llegar antes?

—Bueno… apurando, a las doce. Y eso, si podemos aterrizar inmediatamente, cosa que dudo.

—¿No puede hacer un aterrizaje de emergencia en algún prado, *donde sea*? ¡Demonios, este avión tampoco es tan grande!

—Imposible. Y aunque no lo fuera, debo recordarle que Suiza es un país lleno de montañas, señorita.

Miré a Sissy:

—Es inútil. No llegaremos a tiempo. Y, aunque lo hiciéramos, pasaría por lo menos otra hura antes de que la policía se enterara de todo y se hiciera cargo del asunto.

—¡Despegueee! —rugió Sissy.

Despegamos, pero yo sabía que no teníamos ni la más mínima posibilidad. Sarah y todas sus compañeras morirían a las doce en punto, sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO VIII

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos…! —jaleaba sin cesar Sissy al piloto—. ¡Pise el acelerador, demonios! ¡Si llegamos a tiempo, le prometo acostarme con usted! ¡Le haré un diez por ciento de descuento!

El piloto había empezado a sudar. Ni siquiera sabía a qué clase de fiesta teníamos que llegar a tiempo. En el pasaje, se habían producido varios casos de histeria.

A las doce menos veinte, vislumbramos la barrera de los Alpes suizos.

—Tarde —dije yo.

—Ni hablar —objetó Sissy. Y, al piloto—: Debe sobrevolar un lugar llamado Revey (era donde estaba el internado). ¡Vamos, vamos! Por cierto, ¿dónde tiene los paracaídas?

Y entonces comprendí lo que se proponía. Y acepté que, como idea desesperada y suicida, no estaba del todo mal.

—Después de todo, Indy, ya tienes un poco de práctica en eso de saltar en paracaídas, ¿no?

A las doce menos diez sobrevolábamos el majestuoso edificio del internado. Y un minuto después, saltábamos sobre él en los paracaídas. Esta vez, dejé que Sissy pasara delante.

Yo le había tomado «prestado» el reloj de pulsera al piloto y lo iba mirando mientras descendíamos.

Seis minutos.

Cinco.

Cuatro.

Habíamos apurado ambos la caída para ganar tiempo, abriendo los paracaídas en el último momento. Abajo, la gente nos miraba alucinada, asomando las alumnas por las ventanas y señalándonos,

congregándose varios vigilantes a nuestra espera.

Faltaban tres minutos cuando tocamos tierra.

Seis vigilantes se echaron materialmente sobre nosotros. Habíamos caído en un patío de deportes del internado. En ese campo practicamos frenéticamente la lucha libre, el boxeo y el karate.

—

Je m'excuse

—les murmuraba a los vigilantes mientras me iba abriendo camino entre ellos a trompazos—. Luego os lo explico, chicos. Me lo agradeceréis.

El aula que buscábamos, se hallaba en un quinto piso, el último del edificio principal del internado.

Hacia allí corrimos.

Un minuto y medio.

Subíamos los escalones de seis en seis.

Treinta segundos. Estábamos ya en el último piso. Pero había dos aulas, y yo no sabía en cuál de las dos iba a producirse la explosión. Ni Sissy, tampoco.

—¡Oh, mierda…!

Derribé la puerta de la primera de una patada. Tuvimos suerte. El profesor era una mujer. Y según los documentos, Rene Lafosse, el *fedauri*, era un hombre.

Quince segundos, y entramos en la otra aula. Entre los alumnos, vislumbré a una chica árabe. El profesor, alto, con gafas y la nariz ganchuda, salía a nuestro encuentro, visiblemente alterado.

Diez segundos.

Le agarré con las dos manos y le levanté en vilo.

El tío pataleaba, me golpeaba, me arañaba, me mordía. En resumen; no parecía muy dispuesto a dejar que le tirara por la ventana. Pero yo no estaba para formulismos: Tomé impulso y le lancé de cabeza contra el cristal.

¡¡CRASHHH!!, lo atravesó limpiamente, antes de perderse en el vacío.

Siguieron unos instantes de absoluto *suspense*. Sissy y yo nos miramos expectantes (*a ver si va a resultar que nos hemos equivocado de profesor*), mientras los niños aplaudían y vitoreaban entusiasmados.

Miré el reloj.

—Cero —dije.

¡¡¡Boummmm!!!

Saltaron los cristales de las otras ventanas a causa de la onda expansiva de la explosión, tembló el edificio, una lámpara se me cayó encima… pero yo me sentía inmensamente feliz, porque habíamos acertado.

Ahora, los niños estaban asustados y gritaban.

—Tranquilos, no pasa nada, ya acabó todo —les decía Sissy, sacando a flote su instinto maternal—. ¿Cantamos una canción?

Yo me asomé a la ventana.

El *fedauri* había estallado antes de tocar el suelo. La explosión había producido daños importantes en la estructura del edificio. El cuerpo del kamikaze había quedado esparcido en un generoso radio.

Sissy se me acercó y me besó. Se la veía emocionada A mí, de pronto, se me había venido encinta todo el cansancio acumulado a lo largo de los últimos días, pero aun así encontré fuerzas para corresponder debidamente.

—¿Sabes? —me dijo—. Me parece que te lo haré gratis…

— *need no education, we need no post control…*

We don't

don't

—berreaban los niños, siguiendo las notas de la canción de Pink Floyd iniciada por Sissy.

Sonaban sirenas a lo lejos, retumbaban los pasos de nuestros perseguidores muy cerca, en el mismo rellano frente a la puerta del aula y, en definitiva, todo había adquirido un aspecto de irrealidad y de puro delirio.

Un segundo antes de que empezara a entrar gente en el aula, recordé que habíamos robado un «*jeep*» en Oriente Medio, que habíamos secuestrado un avión a punta de pistola y que, como remate final, acabábamos de irrumpir a tortazo limpio en un internado.

Abrazado a Sissy, me pregunté cómo se lo explicaríamos todo a la policía suiza, y cuántas horas les llevaría comprender y aceptar nuestro relato.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] En alemán: «La Gran Libertad». < <

[2] En inglés: «Espada». < <

[3] En alemán: «La Gran Libertad». < <

[4] En inglés: «Espada». < <